Verano/12

Siesta

(Por Luis Chitarroni) ¿De qué lo priva la siesta?

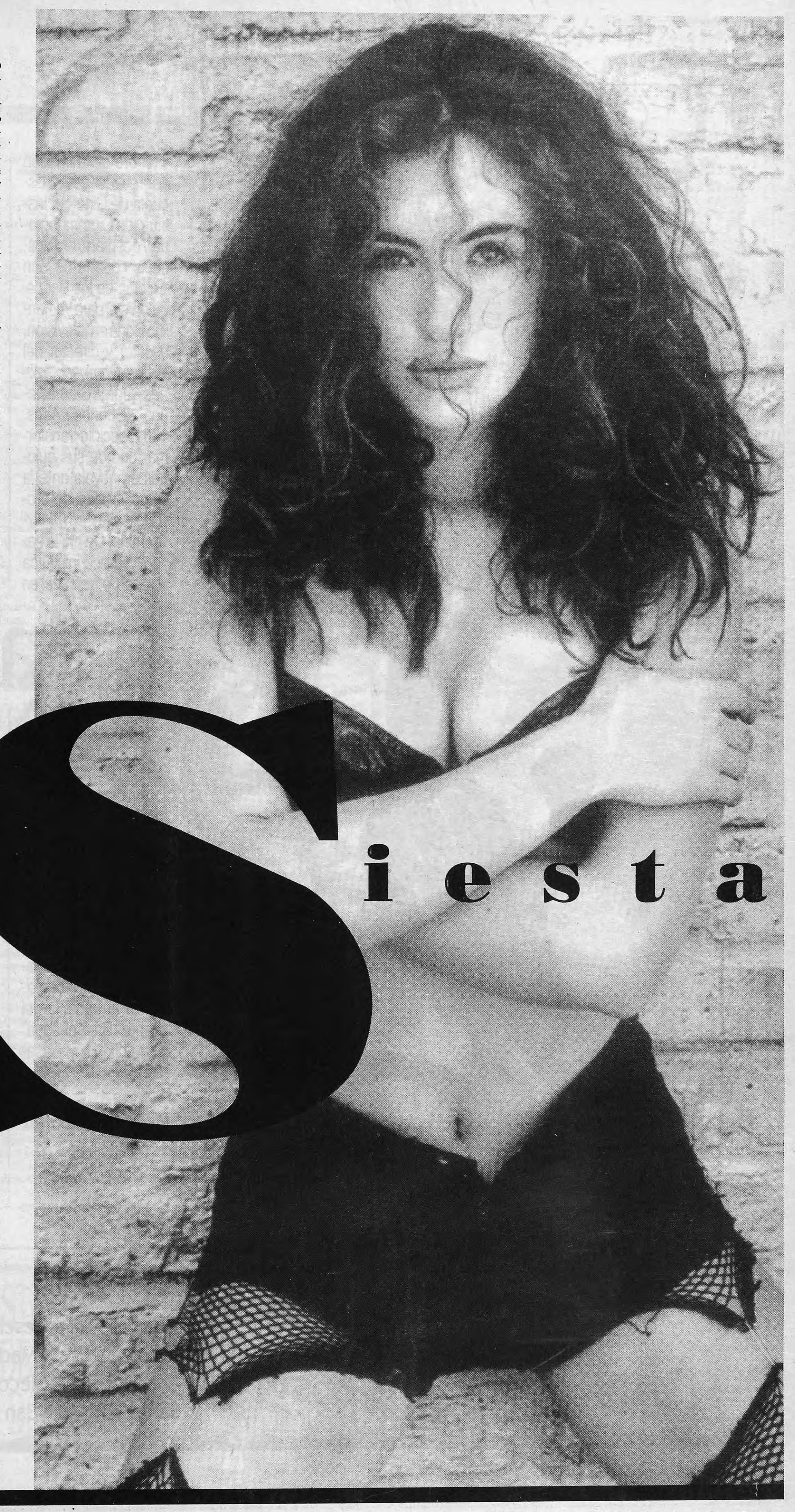
De la misión de averiguar qué impulsos y qué hábitos lo atan a lo previsible o a lo imprevisible (el gesto que adeuda, el acto que teme, la debilidad en la que incurrirá). De la mirada de quienes velan por él y otras lealtades prematuras o pretéritas. De muchos, de algunos. De los gerundios que propician los escarceos, mecen la faena y prolongan la convalescencia. Del destino a secas y a tientas, privilegio de la vigilia.

¿Por qué duerme?

Para no insistir. Para alentar las actividades del lector atento, autor de los más sangrientos sarcasmos (para desalentar de paso la del otro, el amistoso). Para anular el tic atávico de ese teléfono viejo que antes de sonar se encoge de hombros. Para atenuar la letanía de los finales de oración. Para defenestrar la música segura de los diccionarios, sus tentaciones aviesas llamadas "espliego", "reconcomio", "tumbergia". Para ignorar la ignorancia de saber que va a morir. Para olvidarse el olvido, que confía y se apoya cortésmente en la memoria.

¿De qué se despierta?

Una solicitud tardía lo condujo a la penumbra de este umbral hambriento. La luz del cuarto contiguo ha dejado la puerta abierta (que una desconocida atravesó cuando estaba cerrada), y adentro, entre el silencio vagabundo de un globo terráqueo que ha perdido pie y la falta de coraje para seguir el rastro, prevalecen las piernas desnudas de una mujer vestida, cuya relación con la anterior es un misterio de espaldas. "Era viernes", le oye decir mientras se apaga la luz y la puerta se cierra. Y después, muy cerca: "Fue ayer. No importa".





Hombre de la imagen –egresado de la Escuela de Cine del Instituto de Cinematografía y posgrado en la escuela cubana de San Antonio de los Baños, guionista para Alejandro Doria en televisión, escritor y director del largo *Rompecorazones*–, Jorge Stamadianos (Buenos Aires, 1961) decidió transformar uno de sus guiones en novela ante la imposibilidad de producir cine en la Argentina. De ahí la saga greco/iniciática *Latas de cerveza en el Río de la Plata*. Y de ahí también el Premio Emecé 1994 a la mejor novela inédita por decisión unánime de Vicente Battista, Liliana Heker y Dalmiro Sáenz. El libro aparecerá en julio de este año y, mientras tanto, Stamadianos –más conocido como El Griego– proyecta adaptación a la pantalla del cuento "Bajo el agua" de Adolfo Bioy Casares.

Latas de ce

Por Jorge Stamadianos

Todo comenzó la noche del 28 de abril de 1982. Vincent estaba acuartelado con mi hermano Miguel en el mismo regimiento, y al otro día los mandaban a Malvinas. Me acuerdo que mi papá le estaba echando soda al vino cuando sonó el teléfono. Yo justo había ido hasta la heladera a buscar ketchup para ponerle a las milanesas, si atendí fue únicamente porque era el que estaba más cerca.

–Escuchame una cosa, nabo –me dijo Miguel ni bien escuchó mi voz.

–¿Quién es? –preguntó papá.

–No le digas a nadie que soy yo –me advirtió nervioso.

Yo dije que era un amigo.

–Ahora escuchame bien lo que te voy a decir y no te mandes ninguna cagada.

Yo tenía trece años en esa época, y lo que mejor hacía en el mundo era andar en bici. Apenas mi hermano me dijo lo que tenía que hacer, agarré la bicicleta, y sin hacer caso a los gritos de mi papá, me fui a los piques para lo de Vincent.

Cuando toqué el timbre de su casa –había subido saltando los escalones de dos en dos porque Vincent vivía en un edificio de tres pisos sin ascensor y mi hermano me había dicho que tenía que llegar cuanto antes–, primero se escucharon una serie de ruidos extraños y recién después de un buen rato se corrió la mirilla.

–¿Quién anda ahí?

Por el acento gallego, el que estaba del otro lado no podía ser otro que el padre de Vincent.

–Soy yo, Ulises –le contesté–. ¿Juan Francisco no está?

–No.

–¿Seguro?

El padre de Vincent asomó la nariz.

–¿Qué es lo que sucede? –preguntó arqueando una ceja. –¡Es que llamó Miguel a casa y dijo que Juan Francisco se escapó y que venía para acá porque parece que en el cuartel ya se dieron cuenta y lo vienen a buscar, así que si llega a venir, dígale que se vaya porque si lo ven se lo van a llevar de los pelos!

Dije todo tan rápido que cuando terminé me faltaba el aire.

–¿A qué hora llamó? –me preguntó agarrándome alarmado de los brazos.

–Hará media hora.

–¡Mierda! –gritó– ¿Cómo no lo dijiste antes?

En el departamento estaban todas las luces apagadas, pero como yo había ido un montón de veces me acordaba de memoria dónde estaban ubicados los muebles.

–¡Tienes que irte ya mismo! –vociferaba el viejo–. ¡Se han dado cuenta y vienen a buscarte!

Vincent estaba en calzoncillos, parado a un costado de la cama, y cuando yo aparecí por la puerta me miró como si hubiese visto un fantasma.

–¡Ulises! –exclamó–. ¿Qué hacés acá?

–¿Cómo qué hace acá? ¿Cómo qué hace acá? –repetía indignado el gallego mientras una vena gorda le aparecía en la frente– ¡Ulises ha venido a avisarnos que estás en peligro, hombre!

El cuadro grande, que Vincent estaba pintando justo antes de que lo reclutaran, estaba caído sobre la cama junto con un montón de pinceles y pomos de óleo. Al azul se le había caí-

la tapa y la pintura salía despacito manchan- la sábana.

-Llamó Miguel a casa –dije por decir algo–, rque parece que en el cuartel ya se dieron enta...

Para qué! Cuando escucharon la palabra uartel" quedaron todos como petrificados: ncent con la piel que se le ponía de gallina, papá con la vena que le palpitaba, la mamá mo un muñeco de cera con la boca abierta diondo "¡oh!"; y Mirenjuli, la hermana, sosteondo una camisa planchada como si también a fuera un muñeco. Lo único que se movía la pintura que seguía saliendo del pomo. A me dio miedo, si nadie reaccionaba iban a gar los del ejército y sonábamos, pero por erte el papá de Vincent se avivó y golpeó con ergía las palmas despabilando a todo el mun-

-¡Rápido, hijo! ¡Rápido! ¡Los pantalones! –el pá intentaba guiar a Vincent que parecía un ómata.

-¡Necesito llevarme plata! –sudaba Vincent e seguía en calzoncillos.

-¡Los dólares que tienes ahorrados, hija! –gri- a madre.

Mirenjuli salió del cuarto disparada como una cha. Vincent arrancó una de las sábanas, apo- el cuadro grande en el medio, y encima le so otro más chiquito, ya enmarcado, como a envolverlos a los dos juntos.

-¿Qué vas a hacer con eso? –le disparó el viemos?!

–Escondan el uniforme, papá –no estaba nada mal lo que Vincent había pensado–, que no se den cuenta que estuve.

Vincent iba adelante, con los cuadros en la espalda, y yo lo seguía trotando llevando la bicicleta. Cuando doblamos en la esquina de la casa -todavía no habíamos hecho ni media cuadra desde el edificio– Vincent me empujó con fuerza contra una de las paredes.

–No hagas ruido –me advirtió tapándome la boca.

Al principio pensé que estaba jugando, pero cuando vi que por la calle venía a toda velocidad uno de esos camiones del ejército que tienen las ruedas gigantes me quedé bien quietito.

Del camión bajaron un montón de soldados y el que parecía el jefe empezó a los gritos. Aunque estaba vestido con casco, botas y fusil, a mi hermano Miguel lo reconocí enseguida.

El alto que daba las órdenes sacó una pistola y entró al edificio. Todos lo siguieron menos mi hermano, que en vez de hacerle caso se escondió atrás de un auto y después se acercó corriendo hasta donde nosotros estábamos saltando como en las películas.

–Los vi desde arriba... –resopló. Estaba flaco, lleno de granos, y el pelo corto lo hacía más cabezón de lo que era–. Te avisó justo el boludo –le dijo a Vincent mostrándole los dientes.

A mí no me importaba que mi hermano dijera que yo era un boludo, yo sabía que no me lo decía en serio; con tal de que me dejara tirar unos tiros con el fusil que le habían dado en el cuartel... ¡Para qué! ¡Cuando se lo dije casi me mata!

–¡Dejate de decir boludeces y rajá para casa!

Como vio que yo no le hacía caso se me vino al humo. Yo me corrí y solté la bicicleta, con tanta mala suerte, que cayó justo contra un cartel que decía "Prohibido estacionar" armando

bién vi cuando el gato negro saltó desde el primer piso y aterrizó justo sobre la pila de bolsas.

El sargento, mientras el gato volaba por el aire, se dio cuenta que algo raro se movía a sus espaldas, pero no entendió bien lo que era; para mí que medio se pegó un cagazo, porque se dio vuelta tan rápido que pisó mal –no vio que el piso estaba lleno de cantos rodados– y se patinó y se fue a la mierda. De culo cayó, hasta le debe de haber dolido, y justo arriba de un charco con agua y mezcla de cemento. Fue de la bronca que se agarró cuando vio cómo le había quedado los pantalones que disparó. La cabezadel gato voló por el aire limpita, ¡y Vincent y mi hermano estaban escondidos justo del otro lado de la pila de bolsas, no entendían lo que estaba pasando!

Medio a las puteadas, sacudiéndose los pantalones y tosiendo porque había en el aire una nube de polvo por el cemento que había desparramado la bala, el sargento se acercó hasta las bolsas para ver lo que había quedado del gato: apenas un montón de pelos incrustados en la bolsa de cemento y sangre, sangre y tripas por todos lados. El sargento miró un poco más y escupió al suelo –el polvo se le debe de haber metido en la boca–. ¡De pedo no los vio a Vincent y a mi hermano! Después, como si nada hubiera sucedido, salió apartando las maderas por el mismo lugar por donde había entrado.

rveza en el Río de la Plata

-Uno para terminarlo, el otro para venderlo me hace falta plata.

-¡Deja ya esa mierda que te van a coger! –la a parecía que explotaba.

-¡Hilo, mamá! –ordenó Vincent.

-¿Hilo?

-¡Para atar los cuadros!

La madre se escabulló de la habitación retorndo las manos. A los pocos segundos apare- Mirenjuli trayendo los dólares, e inmedianente después volvió a entrar la madre con a bolsa llena de hilos; cuando terminaron de r los cuadros, Vincent se colgó el paquete en espalda como si fuera una mochila.

Se abrazó primero con Mirenjuli y después n el viejo, cuando se abrazó con la madre yo nsé que no se despegaban nunca.

-Vamos, hijo –el padre le pasó la mano por espalda como quien acaricia un gato–. Que hay tiempo para sentimentalismos ahora.

Ya estamos terminando de bajar la escalera edificio, y a punto de salir a la calle, cuan- Vincent se acordó de algo y volvió a subir.

-¡Ya tendrías que estar lejos! Aunque yo no día verle la cara al gallego porque me había edado esperando en la planta baja, oía su voz mbando a través de la escalera y me imagiba la vena saltándole en la frente como una nbriz que no quiere subirse al anzuelo.

-¡¿No entiendes que si te apresan te perde-

un quilombo bárbaro.

Un soldado que había quedado de guardia escuchó el ruido. Giró la cabeza mirando hacia donde nosotros estábamos y los tres escuchamos clarito cuando amartilló el fusil. Vincent se puso loco. Agarró a mi hermano del brazo y a mí del cuello y nos empujó para el baldío donde antes jugábamos a la pelota. Ahora estaban construyendo. Había montañas de arena, bolsas de cemento y pilas de ladrillos huecos por todos lados. Vincent y mi hermano se escondieron atrás de una pila de bolsas y yo me quedé parado con la bici atrás de una montaña de ladrillos. Por uno de los agujeritos vi que el soldado se asomaba entre los tablones y espiaba. Tenía un bigote ancho y parecía mucho más grande que los otros. Por ahí no era un soldado, por ahí era un sargento. La cosa es que el tipo corrió una de las maderas y miró fijo para la pila de ladrillos donde yo estaba. ¿Se estaría viendo la bicicleta? Miré para donde estaba mi hermano. Vincent tenía los ojos cerrados y apretaba los dientes. Miguel tenía las manos arriba de la cabeza y respiraba con la boca abierta, como si fuera un pescado. Estábamos los tres como si en cualquier momento fuera a caer una bomba.

El sargento daba vueltas alrededor de una montaña de arena como si sospechara que del otro lado había alguien. Yo lo veía a través de los agujeros de los ladrillos huecos, como tam-

–¿Estás bien? –le preguntó mi hermano a Vincent con los dientes que le castañeteaban.

–¿Sí, y vos?

–Más o menos.

–¿Qué te pasó? –preguntó Vincent asustado.

–Grave, nada... –contestó Miguel. Yo justo ahí olí el olor a mierda–. Pero me parece que me hice encima...

–¿Qué, te cagaste?

Mi hermano asintió.

–¿De qué te reís, boludo? –lo empujó Miguel.

Vincent, para mí que de los nervios, no podía parar de reírse.

Se reproduce por gentileza del autor y de Emecé Editores.



Resumen: El narrador es Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla en su mano izquierda para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula de su edificio se comunica con el Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de Magia. Etchenique lo ayuda y atribuye a "Ibrahim" los crímenes del Troglodita y de Narvaja. Los Gigantes sospechan de él.



36 SIN ELLA

Para acceder a esa especie de inmenso bunker laberíntico, Catcher debió bajar nuevas escaleras que lo llevaron a un nivel todavía más profundo; en su momento yo había calculado que la amplísima superficie de cemento, un descomunal complejo subterráneo a prueba de explosiones y de curiosos, se extendía por debajo del segundo subsuelo del último edificio del moderno Puerto Madero. Esta construcción, aún parcialmente reciclada en superficie, ocupaba el extremo sur, frente al Dique 1.

Como en el caso de la cúpula, el trabajo de acondicionamiento del Espacio –así sucintamente llamado– de Lacana & Cía era anterior a mi incorporación a Magia; de modo que la estructura y función de ese complejo de apoyo me eran sólo parcialmente conocidos. Apenas sabía que podía y debía recurrir a él, y que Lacana & Cía respondía siempre.

El esquema operativo estaba perfectamente compartimentado. Mientras Lacana & Cía de superficie (una empresa de camiones y transportes, un servicio de ambulancias, un auxilio mecánico, una empresa de buses de larga distancia, una de pompas fúnebres y muchas cosas más) tenía contacto conmigo, siempre indirectamente, a través de contestadores y mensajes; al Espacio sólo accedía Catcher.

Era prácticamente imposible orientarse en el Espacio sin ayuda. Carecía de divisiones fijas. Sólo cabía entregarse a un itinerario marcado con flechas sobre sucesivas posibilidades virtuales que se abrían como en un videogame a medida que se avanzaba, y se cerraban a espaldas del sujeto dejando estelas de mar. Sólo había que ir y Catcher fue, una vez más.

Dos cuestiones requerían su presencia: el cadáver del Troglodita abandonado en la reserva ecológica la madrugada anterior, y el contenido del Mercedes Benz –los fierros, el intruso del baúl– con que se había movido por Recoleta hasta dejarlo en Liniers. Lacana & Cía operaba como reducidora y decodificadora de datos e información; se hacía cargo con discreción y eficacia de hechos, personas o cosas en bruto, y los devolvía analizados en todos sus aspectos.

Catcher anduvo veloz por el laberinto virtual hasta llegar por fin a la puerta verde detrás de la cual –sabía, era su interlocutor habitual desde siempre– lo esperaba Renato. Oprimió el segmento más oscuro del marco y esperó que el ambiente se configurara. Cada vez era diferente. Esta vez, toda la neutralidad tecnológica del entorno dejó paso a la adjetivación estilística más burda; Catcher se encontró de pronto en una oficina alevosamente diseñada con todos los estereotipos de la serie negra como marco y escenografía para el poderoso gordo de impermeable que, derramadoen su sillón tras el escritorio de tapa de vidrio, le alcanzaba un sobre expeditivo:

–Está todo listo, Catcher; el cadáver y el otro. ¿Se los va a llevar?

Catcher hizo un gesto de espera mientras consultaba los informes. Asintió gravemente varias veces, sonrió apenas al final de la tercera hoja.

–¿El bolita está dispuesto a colaborar? –dijo refiriéndose al prisionero del baúl–. Dispuesto a ampliar lo que se desprende de esto digo...

Y Catcher puso sobre el escritorio las dos tarjetas que, a falta de otros documentos, habían encontrado en su poder: una, a nombre de Antonio Melgar Zapico, gerente de Ventas de International Body House, con dirección en el chamuscado edificio de la calle Cachimayo, y la otra, -más interesante tal vez– con el mismo nombre, como Coordinador de Internos del Instituto de la Buena Hierba, con sede en Mar del Plata.

–Avanzamos algo sobre la última –dijo Renato–: está en el barrio El Grosellar y es un centro de recuperación para drogadictos, a través de la vida natural, cultivo de la huerta, todo eso... Supongo que pretenden que los pendejos pasen de la marihuana y la coca a la acelga y el berro... qué sé yo –simplificó.

–¿Y el responsable de ese instituto es...?

Renato consultó sus propios registros:

–Un médico, el doctor Rodríguez...

–... Pandolfi –completaron juntos.

Catcher golpeó dos veces con firmeza el borde del escritorio, entre el aplauso celebratorio y la búsqueda de impulso y decisión:

–Me lo llevo al bolita –dijo como si comprara.

Renato apretó un par de botones en el complejo conmutador que tenía a su derecha y dio una orden de salida. Después se volvió al cliente:

–Hay otro dato. El listado de artículos que le encontramos encima a este "gerente de ventas" no se corresponde, por los códigos de descripción, con los usados habitualmente para los fierros importados del tipo de los recogidos en Arnold Body Building: Melgar Zapico ofrece otra mercadería, pero eso es difícil de probar. Habría que echar una mirada...

–Ya: esta misma noche, Renato –dijo Catcher, que recordó la descomunal parabólica sobre el edificio frente a la Biblioteca Nacional–: ¿Hay equipo como para intentarlo hoy?

El gordo asintió rápido, sin necesidad de consulta ni tecleo.

–Bien... –dijo Catcher sacando los chamuscados papeles que habían recorrido media ciudad–: en éstos hay información que, debidamente contrastada con esa lista y el resto de los datos, puede servir para atar por lo menos dos cabos sueltos.

Dejó el material sobre el escritorio y cerró la cuestión. Quedaba la otra. Volvió a leer todo lo referido a Zolezzi y dijo, turbado:

–¿Cómo lo trajeron?

–Por el río, era lo más fácil y operativo, tratándose de la Reserva Ecológica.

Catcher sabía que el Espacio tenía accesos múltiples al exterior y siempre había supuesto que uno de ellos daría al río, tan cercano; sobre todo teniendo en cuenta que el bunker estaba construido por debajo del nivel de las aguas.

Pero otra era la cuestión que lo obsesionaba. Metió la mano en el bolsillo y sacó la navaja que le quitara al cadáver del "Milagro";

–¿Esta es el arma que mató al Troglodita?

–No –dijo Renato sin acercarse siquiera–. Es otra, tal vez ocasional, pero más larga y ancha. No probaremos nada sin ella.

–No puedo volver sin ella –recitó Catcher como si le dictaran.

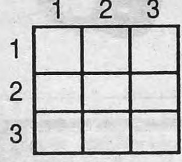
Mañana: 37. Cambio de bolita

juegos

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

CODO						
DEDO						
NARIZ						
OREJA						
PIE						
TALON						



UNO-DOS-TRES

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras.

	1	2	3
1			
2			
3			

HORIZONTALES: 1. Habitación destinada para dormir. 2. (Joaquín) Compositor español, autor de "Sevilla". 3. Pertenecientes a otros (fem.).

VERTICALES: 1. Alteza, excelencia. 2. Cubra, tape. 3. Planta bromeliácea.

ACADEMICO

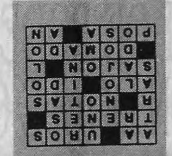
	1	2	3	4	5	6	7
1			■				
2							■
3		■					
4				■			
5						■	
6	■						
7					■		

HORIZONTALES

1. Iniciales de la actriz Aimée./Bisonte europeo (pl.).
2. Ferrocarriles.
3. Glosas, comentarios.
4. Papagayo./Distraído.
5. Natural de Sajonia.
6. Amansado.
7. Sirve de modelo a pintores o fotógrafos./Prefijo privativo.

VERTICALES

1. En la parte trasera.
2. Terminación de infinitivo./Cada una de las líneas que forman el contorno de una figura.
3. Fastidios, enfados.
4. Primer número./Sufijo: tumor.
5. Membrana del ojo.
6. Atreveos./Otorga.
7. Sabio de la antigua Grecia.



PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

